

93:634.9

MINISTERIO DE AGRICULTURA
SECCION DE PUBLICACIONES, PRENSA Y PROPAGANDA

HOJAS DIVULGADORAS

AÑO XXXIV

ABRIL, 1942

2.ª SERIE. N.º 15

Los bosques a través de la Historia nacional

Por VÍCTOR M.^a DE SOLA.

Ingeniero de Montes.

Rejuvenézcase el lector cuanto pueda, porque vamos a trasladarlo a una época en que ni aun dejando vo'ar la fantasía por los más remotos recuerdos de su infancia podrá encontrar añoranza alguna.

En alas de la quimera le llevaremos nada menos que hasta el período hullero, no sin aconsejarle que busque ropa ligerita y se provea de un buen impermeable, ya que en aquellos tiempos reinaba en el planeta una temperatura más que tropical, unida a una humedad como para que no existieran otra cosa que seres reumáticos, y es inútil que pretenda atrapar un vehículo de máxima rapidez para huir de tan sofocante clima, porque el calor y la humedad son iguales en todas las latitudes: desde las regiones ecuatoriales hasta la glacial península de Melville; del Spitzberg al mismo centro de Africa.

Pero a cambio de esa temperatura, ¡qué hermoso espectáculo va a contemplar! Todo el globo se le ofrece cubierto de una frondosa y exuberante vegetación, que se extiende ininterrumpida de polo a polo. Cualquier lugar en que fije la mirada presenta a sus absortas pupilas un verdor continuo, en que se mezclan helechos inmensos, a cuyo lado los más gigantescos de hoy son simples pigmeos; lepidodendros con fustes de treinta metros y hojas cuya longitud excede de cincuenta centímetros; sigilarias de porte extraordinario, y en

Estas HOJAS se remiten gratis a quien las pida a la Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, del Ministerio de Agricultura.



el interior de tan enmarañados bosques, infinidad de plantas parásitas suspendidas de los colosales troncos, formando abigarrados manojos y tupidas guirnaldas, igual que las lianas, de nuestra fronda tropical.

Cierto que esta vegetación fatiga con su monotonía, pues ni una sola flor aparece entre el follaje, ni el menor fruto comestible pende de las gruesas ramas, cosa por otra parte innecesaria, ya que no existe todavía ningún animal terrestre y sólo los mares cuentan con numerosos habitantes. Unicamente el reino vegetal ocupa una tierra en que han de aparecer más tarde seres de respiración aérea, y tan sólo algunos insectos alados animan los aires haciendo zigzaguar en ellos sus diapreados colores.

¿Para qué ojos, para qué pensamientos o para qué necesidades crecen estas selvas solitarias? ¿Qué seres misteriosos contemplan tales maravillas? Enigma, ante el cual batalla nuestra ciencia, que inútilmente indaga en el arcano.

Pero abandonemos esta época que puede calificarse como la del paraíso terrenal de los árboles, ya que ningún ser racional atenta contra su integridad, y trasladémonos de nuevo a siglos muy posteriores, cuando España ha visto pisado su suelo por los iberos, la raza indo-escita de nómadas pastores y guerreros que del lejano Oriente llega en su caminar hasta el extremo de Occidente.

Estos iberos, *hombres del río*, ven turbada su pacífica posesión por la aparición de los celtas, *hombres de los bosques*. Entáblase una lucha que acaba en alianza, engendrándose así los celtíberos, que no tardan en ver invadido el país por fenicios, griegos, cartagineses y romanos. En años tan pretéritos, una ardilla, al decir de Estrabón, puede recorrer la Península de Norte a Sur saltando de árbol en árbol; Galicia, según testimonio de Orosio, es una selva virgen donde el hombre casi se ve imposibilitado de penetrar a causa de su frondosidad; la bella y luminosa bahía algecireña es cantada en hexámetros por el geógrafo poeta Rufo Festo Avieno, que en su obra "Descriptio orbis terrae" encuentra acentos de encendida inspiración al glosar la magnificencia de sus pinos altivos; Apiano, el ilustre historiador griego y abogado del Tribunal de los Césares, comenta la exuberancia de los olivares que

invaden Castilla, trepando audaces hasta las cumbres de las sierras; Sidonio Apolinar, el fácil y elegante poeta latino, habla de la enorme existencia maderera, tanto de la España Ulterior como de la Citerior; Plinio, el sabio naturalista contemporáneo de Nerón, glosa la resina que en la Península se recoge en cantidades inverosímiles, tiene frases admirativas para los plátanos, cuya profusión admira, y alaba los olivos, que parecen propagarse por doquier.

Ello prueba que el manto forestal que recubre el ibérico suelo es tan tupido como variado en especies, no obstante haberse entrado ya a saco por las selvas, talando despiadadamente para atender a la explotación de las minas, cuya riqueza tienta la codicia de todos los invasores.

Continúan sucediéndose las centurias. El viejo solar hispano vese hollado por las bárbaras hordas de suevos, vándalos y alanos, que lo recorren asolando, saqueando e incendiando cuanto se opone a su paso. Ante la cabalgata infernal de aquellas huestes sanguinarias todo parece aniquilado. Las vírgenes son inmoladas, asesinados los pequeñuelos, degollados los hombres. Corre torrencial la hirviente sangre, y tras el frenético galopar de los caballos, queda, subiendo hacia los cielos, la estela flamígera de los bosques ibéricos, que elevan las retorcidas lenguas de una roja llama, que parece gemir como si fuera el postrer suspiro de una fronda que se ofrece en holocausto; pero no obstante la merma sufrida por la riqueza forestal, aun quedan bosques y bosques bastantes para llenar de verdor considerables extensiones de las provincias todas.

Como si España estuviera predestinada a un eterno guerrear, continúan las invasiones y las luchas. Son primero los visigodos, luego los árabes, después la Reconquista. Cada una de las facetas de nuestra historia corresponde a otra importante en la merma del tapiz forestal. Las selvas vanse convirtiendo en páramos; los bosques truécense en antorchas colosales; los montes transfórmanse en peladas alturas, que en su tétrica hosquedad semejan enormes calaveras térreas.

Tan repetidas gestas, y más en especial la epopéyica de la expulsión musulmana, son heroicas páginas que destacan fulgurantes entre las más bizarras de la mundial Historia, por lo glorioso de los hechos que en ellas

se repiten; pero, desgraciadamente, la guerra es aliada inseparable de la destrucción, y nada tiene de extraño que lo mismo los paladines de la Cruz que los caballeros de la Media Luna reduzcan a cenizas millares y millares de fustes, centenares y centenares de bosques que se oponen a su paso triunfal o constituyen fáciles reductos donde se defiende tenaz el odiado enemigo.

Esto ha servido de pretexto para que algunos escritores maldijeran esa Reconquista con atrabiliario acento, llegándose por alguno hasta afirmar que “delante de los esforzados varones cristianos (a los que califica de salvajes) iba el hacha y la tea, y detrás, las ovejas y los cuervos; que para ellos la tierra, semejante a las nobles cautivas, no se entregaba sino después de muerta, y que de este modo, a fuerza de triunfos demoledores, acabó por prevalecer en la Península el tipo pastoril, que asentaba la Patria futura sobre cimientos de pobreza, desorden, violencia e iniquidad.”

Frases completamente injustas, pues como dijo un ilustre cronista, cuyo escrito transcribimos: A despecho de asolamientos, invasiones, guerras y otros fieros males, la fronda perduraba todavía pujante y vigorosa en la España del Cid.

Si resucitara hoy el adalid de la barba vellida, para matar del susto a los que anhelan contemplar enterrada y olvidada toda la gloria nacional, y recorriera otra vez los sitios por donde cabalgó en vida, no reconocería aquellas tierras que se ensanchaban ante su caballo.

En la sierra de Miedes, una de las que separan las cuencas del Duero y el Tajo, había, según el cantor de sus andanzas, una selva *maravillosa e grande*. Hoy no hallaría Ruy Díaz más que heladas en invierno y tabardillos pintados en verano.

El robredo de Corpes, donde los menguados infantes de Carrión afrentaron a las que luego, perdidas para su tálamo y su codicia, habían de ser princesas soberanas en Navarra y Barcelona, era en su tiempo otra selva gigantesca, en la cual las ramas subían hasta las nubes, y actualmente, como dice Menéndez Pidal en su estudio del antiguo poema, “no es más que un páramo donde el arado desentierra algún grueso tocón, único resto del viejo arbolado.”

Y si dejamos que las décadas prosigan hasta transcurrir más de doscientos cincuenta años de la muerte de tan alentado e invicto caballero, y entramos en el reinado de aquel gran monarca que en vida fué Alfonso XI y por sus virtudes pasó a la posteridad con el dictado de *el Justiciero*, hétenos frente a ese libro que se llama de “la Montería”, el cual no es otra cosa que una relación de montes abundantes de caza, relación que llena de asombro a cuantos, concedores de los parajes en ella descritos, sólo pueden encontrar en los días que corremos yermos estériles, campos de soledad, eriales infecundos.

¿Cómo puede imaginar persona alguna que en tierras de Salamanca existan osos?

Pues en ese tratado de Montería se consignan hasta 17 sierras en que tales plantigrados habitaban durante todo el año.

¿Quién juzgará verídico que por el conqueso lugar de Moya, poblado únicamente de raquílicas matas, hallaran cobijo numerosas manadas de venados?... Pues en el libro del monarca augusto figura la enumeración de los predios en que esas reses pastaban libremente.

¿Hallárase alguien que no sonría ante la afirmación de que en campos abulenses podría tener el desagradable encuentro de topar súbitamente con jabalíes y osos?... Pues en el repetido volumen quedan mencionadas hasta 24 frondas abundantes en tales animales... Y así sucesivamente se catalogan los montes de Burgos, Segovia, Badajoz, Madrid, etc., todos poblados de esa caza, probando de manera fehaciente la enorme densidad de su arbolado, ya que a no ocupar éste dilatadas superficies, tales animales no encontrarían ni alimentos ni refugio.

Pero todavía hay más. En esos días azarosos y terribles del guerrear contra la morisma, los monarcas, al apearse de sus bridones de guerra para gozar de un pequeño descanso, no olvidan que los bosques son fertilidad, riqueza y belleza, y así, dictan disposiciones como la siguiente, promulgada por Alfonso X en el año 1256: “Si alguno fuera fallado haciendo caminada o encendiendo los montes o haciendo forno de pez, echenle en el fuego o faganle redimir por cuanto aver pudieren”, real mandato que si los timoratos pueden tachar de cruel, nadie podrá juzgar de tibio en lo que al punto de vista forestal se refiere, y que es

digno de ponerse en parangón con lo que figura en el título 2.º del libro 8.º del Fuero Juzgo, donde se encuentra que: “Si algun ome, enciende monte ajeno o árboles de cual manera quier, préndalo el juez e fagal dar cien azotes e faga enmienda de lo que quemó”, todo ello realmente pálido ante la disposición de Don Pedro I imponiendo pena de muerte a los taladores de árboles, y así enumeraríamos diversas leyes que en ningún otro país han sido igualadas, todo lo cual puede resumirse diciendo que el bélico romance de nuestra Reconquista, si bien supone una pérdida cuantiosa en riqueza forestal, no es el principal determinante del asolamiento hispano, pues los ejércitos cristianos jamás se emplearon, al igual que en otras naciones, para destruir los bosques, como, por ejemplo, en el Karst de Yugoslavia, donde las selvas que separaban este pueblo de la antigua frontera otomana fueron arrasadas con el fin de vigilar las invasiones turcas, y que aun en tan equivocado supuesto, nunca podrán calificarse de salvajes, ni merecerán el menor dictorio, unos paladines que a botes de lanza y entre proezas sin par, pergeñaron el poema de más encendido espíritu racial que conoce la Historia..



Los bosques a través de la Historia nacional ⁽¹⁾

Por VÍCTOR M.^a DE SOLA.
Ingeniero de Montes.

Estamos en presencia de la Católica Majestad del rey Felipe II. Sentado en su pétrea silla del bosque La Herrería, el augusto monarca contempla silencioso cómo vase elevando lentamente el Monasterio que ha de recordar a las futuras generaciones la gran victoria de San Quintín.

Por su cerebro pasa, sin duda, el estudio de los múltiples problemas que plantea tan gigantesca construcción. Es necesario ordenar nuevas cortas en los montes de Cuenca, Valsain y Avila; precisase activar en Milán la fundición de estatuas; hay que extraer más jaspes en Burgo de Osma; Toledo no remite con la celeridad debida las cruces, navetas, candelabros y lámparas que tiene encargadas; faltan las verjas y antepechos de bronce que Zaragoza suministrará; pero el pensamiento del rey insigne no olvida nunca, ni aun en este instante, los otros grandes problemas del Estado, y por ello medita una Provisión dirigida al corregidor de la ciudad de Plasencia para poner remedio al aniquilamiento de los bosques nacionales, tan sujetos a toda clase de ataques y depredaciones que han llegado a perder en forma alarmante su antigua feracidad.

Tal Provisión es un reflejo fidelísimo de su estado, como puede comprobarse por la siguiente trans-

(1) Véase la HOJA DIVULGADORA núm. 15, de 1942.

Estas HOJAS se remiten gratis a quien las pida a la Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, del Ministerio de Agricultura.



cripción de uno de sus párrafos: “En la mayor parte de estos Reinos y lugares de ellos, los montes antiguos están desmontados, y talados y rozados, y sacados de cuajo, y de nuevo son muy pocos los que se han plantado, ni los árboles, ni plantas que se han puesto en las riberas y otros lugares públicos concejiles y de otros heredamientos particulares; y que la tierra en la mayor parte de estos Reinos está yerma, rasa y sin árboles ningunos; que la leña y madera han venido a faltar de manera que ya en muchas partes no se puede vivir; y que no poniendo en esto remedio, siendo como es tan principal sustentamiento para la cría y alivio de los ganados, y al vivir de los hombres, vendría a ser el daño y perjuicio intolerable.”

Si aquel monarca excelso levantara la cabeza y se diera una vuelta por sus antiguas provincias, sería digna de leerse la Real Carta que dirigiría a todos los corregidores, síndicos, regidores, corchetes y alguaciles de los posteriores Municipios, porque los bosques de su época eran un modelo de conservación, florecimiento y lozanía, comparados con la minúscula muestra que de la hispana riqueza forestal nos resta actualmente... Con razón ha dicho un gran cronista que el concejal es el enemigo público número uno de las reservas arbóreas.

Y para que se aprenda bien, ya que la juzgamos como lección prudentísima y sabia manera de gobernar, vamos a citar el encargo que dió a D. Diego de Covarrubias, al nombrarle presidente del Consejo de Castilla, aquel hombre que arrancó de manos otomanas el cetro de los mares: “Una cosa deseo ver acabada de tratar—dijo el gran Felipe—, y es lo que toca a la conservación de los montes y aumento de ellos, que es mucho menester y creo que andan muy al cabo. Temo que los que vinieren después de nosotros han de tener mucha queja de que se los dejemos consumidos; plegue a Dios que no lo veamos en nuestros días.”

Nos parece inútil decir que pasan los años, y con ellos transcurren las talas, los incendios y demás manifestaciones de una dendrofobia cada vez más iracunda y recalcitrante.

El afán inmoderado de roturaciones, el escaso valor del producto

madera, y sobre todo los incendios producidos para aumentar los pastizales, unidos a los privilegios de la Mesta, en que se la autoriza para cortar árboles pequeños... que se cambian en grandes, dan vida a un furor destructivo que va trocando los más frondosos paisajes en lugares hoscos, inhospitalarios e improductivos. Ello fuerza a Felipe IV a dictar unas Ordenanzas en las que se dispone sean multados con diez ducados los que hicieran algún daño al arbolado, y si esto se realizara con malicia, se castigara al autor con la cárcel, poniéndose el hecho en conocimiento del propio monarca.

En este mismo reinado, Pérez de Bustamante escribe unas magníficas Instrucciones, en las cuales se da la siguiente, entre otras admirables lecciones: "No puede haber lugar bueno sin montes, y en el plantar se ha de poner gran cuidado para que prendan, porque tan malo es dejar de plantar como plantar mal, pues se pierde el tiempo, y las plantas y el sitio no dan fruto."

Bueno será consignar que por aquel siglo XVII, si bien ya no puede decirse de los castellanos campos lo que el pastor Mingo contesta al escudero cuando éste, al hablar de Pascuala, le reprocha el no tener nada que ofrecerla:

*Y frutas de mil maneras
te daré de estas montañas:
nueces, bellotas, castañas,
manzanas, priscos y peras.*

Porque aunque los nogales cayeron heridos por el hacha, los robles seculares desaparecieron y los castaños fueron sañudamente destruidos, todavía existen bosques impenetrables en Venta de Baños, y puede irse desde Castrojeriz a Portugal sin salir de una espesa fronda.

Continúan siendo letra muerta las disposiciones que en defensa de los árboles dan los reyes que se van sucediendo, y el descenso forestal alcanza tales proporciones, que Guillermo Bowles, el famoso naturalista in-

glés venido a nuestra Patria en el siglo XVIII por invitación de D. Antonio de Ulloa, escribe en su *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España* párrafos tan tristemente sabrosos como éste: “No se puede considerar sin lástima la escasez de árboles que hay en España y lo árido que se presenta su terreno en la mayor parte de sus provincias interiores. Muchos atribuyen esta falta a la sequedad, y buscan razones o pretextos para explicar el mal, sin querer buscar las causas. En Castilla la Vieja llega el desvarío hasta decir que son perjudiciales los árboles porque abrigan los pájaros, disparate que mueve a risa y no merece respuesta. Las verdaderas causas son la miseria y la ignorancia.”

Y así, entre los incendios, debidos en una gran minoría a causas fortuitas, y en su casi totalidad a las intencionadas; un pastoreo abusivo, un empleo más que abusivo del hacha, una total incultura selvícola y un cerrilismo en las clases directoras, que de no haber sido criminal habría lindado con la más paradisíaca de las estupideces, se llega a lo que el genial polígrafo, honra de la Patria y gloria del mundo, llamado D. Marcelino Menéndez y Pelayo, denominó *inmenso latrocinio*, y por nuestra parte calificamos de *inmensa tragedia forestal*.

Las palabras más cursis y retumbantes del lenguaje liberal, los tópicos más vulgares del manido léxico democrático, arroparon amorosamente con su lenguaje hipócrita de falso patriotismo y amor a los humildes los preceptos de una ley desamortizadora que, entre otras cosas, disponía: que parte de las tierras serían destinadas a las familias pobres y de los defensores de la Patria, cosa que no se cumplió, y... ¡sarcástica ironía!, que la venta de bienes se realizaría en libre concurrencia... Una libre concurrencia a la que, naturalmente, sólo podían asistir los que gozaran de pingüe caudal, ya que los humildes nunca se ha sabido que cuenten con medios para adquirir propiedades, por módico que sea su precio.

A ochenta y seis mil fincas rústicas ascendían por aquel entonces los bienes comunales, y a una cifra que ignoramos, pero desde luego

crecidísima, las poseídas por la Iglesia. Millones de fustes se elevaban en esa enorme cantidad de predios; centenares y centenares de viejos y magníficos árboles extendían sus frondosas copas por tan dilatada superficie; millares y millares de arbustos protegían el suelo de aquellos extensos parajes; pues bien, toda esa riqueza viva, que bien dirigida y administrada podía producir anualmente una renta extraordinaria, se enajenó en una subasta vergonzosa, a la cual concurrían, en repugnante rebatiña, turbios manejos políticos, sórdidas codicias, avarientas rapacidades, nauseabundos latrocinios, execrables ambiciones; aquéello, más que una pública licitación, era un despojo envuelto en fórmulas legales, donde manos que, si no eran judaicas, merecerían serlo, arrancaban a la Patria jirones de su verde manto, en una cínica y desaprensiva competencia.

En tal rapiña, que, como acertadamente se dice en un informe del Cuerpo Nacional de Ingenieros de Montes, cayó sobre éstos como pudo haber caído un ejército destructor, desaparecieron para siempre; cuatro millones de hectáreas!, y con ellas ¡; quince millones de pesetas!!, todo con el pretexto de enjugar una Deuda que aumentó, en vez de disminuir, y ejecutar diversas obras públicas... que no se realizaron.

Cuanto hicieron Atila y sus huestes hunas, Genserico y sus hordas de vándalos, Radagaso y sus bárbaras mesnadas, Hermenerico y sus suevos indomables, Almanzor y sus agarenas tropas; cuanto deshicieron los iconoclastas en el siglo VIII..., son minucias, comparadas con el arrasamiento causado en la Península por esa Desamortización, cuyo verdadero nombre es *Desforestación*, y que los lectores nos perdonen el barbarismo en gracia a lo cierto de su fuerza expresiva.

En los días que Alemania, Francia y Austria hacían objeto a sus montes de un buen tratamiento selvícola, explotándolos científicamente, los estadistas hispanos, despreciando en absoluto la ciencia dasonómica (que ignoraban por completo) y los más elementales principios de interés social, entregaron alegremente a la codicia particular los restos miserables de nuestro gran acervo forestal, y así, en tanto Alemania posee

bellos y dilatados bosques que la musa popular supo poblar de leyendas poéticas; Francia ofrece, entre otras frondas, la pródiga magnificencia de sus Landas, creación admirable de la forestal ingeniería, y Austria cuenta con la evocadora y sugestiva atracción de sus selvas tirolesas, España puede brindar la tétrica calvicie de sus dieciocho millones de hectáreas desnudas de toda vegetación, dieciocho millones de hectáreas donde se engendra el torrente que corre devastador, nace el alud que va dejando la muerte tras su paso, son el origen del atarquinamiento de los pantanos y con su pelada osamenta constituyen el baldón ignominioso de un pueblo civilizado que no supo borrar las huellas de una barbarie destructora.

93:624.9

HOJAS DIVULGADORAS

AÑO XXXIV

SEPTIEMBRE, 1942

2.º SERIE. N.º 36

Los bosques a través de la Historia nacional ⁽¹⁾

POR VÍCTOR MARÍA DE SOLA,
Ingeniero de Montes.

¡Esto va que chuta!... Tal era el alegre grito de guerra y victoria de aquellos bos, minúsculos pesqueros, que dejaron entre las espumas del Cantábrico la estela de una audacia que es asombro de los tiempos presentes y será admiración de los venideros.

¡Esto va que chuta!..., podían exclamar alborozadamente nuestros dendrófobos, al contemplar con sus propios ojos cómo iban descuajándose las escasas selvas todavía subsistentes.

Aquello era magnífico. En los últimos setenta años se habían perdido 2.516.103 hectáreas de pinares, robledales y hayales. Como sólo restaban ya otros dos millones y medio escasos de montes altos públicos poblados, en poco más de diez lustros podía quedar España completamente arrasada. El ritmo destructor no estaba mal. Hasta los descontentos sonreían gozosos, y eso que en ocasiones se retrasaba su aceleración, porque algunos ministros, empeñados en llevar la contraria al país, imaginaban presupuestos extraordinarios de repoblación, como los proyectados por Alba en 1916, Abilio Calderón en 1919, Cierva en 1921 y Primo de Rivera en 1926; pero, naturalmente, tales planes fracasaban rotundamente. No se puede jugar impunemente con el libre albedrío nacional, que ha decidido, como dice un notable cronista, que los españoles veamos en el árbol un duro o un enemigo, y en cualquiera de los dos casos, nos apresuremos a coger un hacha; ni es tampoco de buen gober-

(1) Véanse las HOJAS DIVULGADORAS núms. 15 y 28, de 1942.



Estas HOJAS se remiten gratis a quien las pida a la Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, del Ministerio de Agricultura

nante privarnos del atrayente y bellissimo espectáculo de las podas y talas crueles, que pueden proporcionarnos el aliciente de sernos fácil adquirir un bastón a precio módico, o cantar la hermosura de la polvorienta estepa castellana...

Casi habíamos ya conseguido un ideal. De aquella nación que, como queda mencionado, podía recorrer totalmente una ardilla saltando de rama en rama, quedaba... lo que constituía la portada de la revista *España Forestal*, o sea, dos pinos viejos, nudosos y maltratados vegetando en lo más escarpado de un ingente picacho, contemplando con tristeza infinita la soledad angustiosa de unos secos páramos. La casi totalidad de la Península podía resumirse variando ligeramente los sentidos versos de un vate insigne:

*Un llano en silencio augusto
que a lo lejos se dilata
sin hogar, hombre, ni mata;
sereno, grave y adusto.*

Desde luego, batíamos en Europa el record maravilloso de poseer el mínimo de madera, pues en tanto Portugal contaba con metro cúbico y medio por año y habitante, España no podía suministrar a sus moradores más que cien decímetros... ¡¡ Menos aún que Turquía, que en eso de destruir selvas es nación maestra, y que, sin embargo, disponía todavía de ciento diecinueve decímetros por otomano viviente!!

Cierto que en ocasiones la Naturaleza, que nunca se da cuenta de nada, cometía la torpeza de no pensar al igual nuestro, y se quejaba amargamente de esos atentados contra su integridad, convirtiendo los inofensivos y mansos arroyos en pavorosos y arrolladores torrentes, los cuales producían espantosas inundaciones, causaban la muerte de hombres y reses y esterilizaban fértiles y bien labradas campiñas, dejándolas cubiertas de espesos fangos.

Entonces los periódicos publicaban detenidas informaciones a grandes titulares, detallando lo trágico de las catástrofes. En las plácidas reuniones de casinos y cafés, el pesimista relataba con negras tintas la hecatombe, que cada contertulio comentaba a su modo. Así el comerciante aprovechaba gustoso el momento para recomendar la adquisición de unos impermeables que acababa de recibir; el farmacéutico insinuaba la precisión de defenderse del reuma empleando un específico que podía hallarse en su establecimiento; el de seguros ponía de relieve la necesidad de

precavérse contra semejantes infortunios, suscribiendo en la casa por él representada la correspondiente póliza, y el optimista de turno encendía flemáticamente un cigarrillo, exclamando al tiempo de ver rizarse las volutas de humo en elegantes curvas: “¡Bah!, más se perdió en Cuba”.

Justo es recordar que allá en el Parlamento se erguía solemne el más canoro de sus ruiñeños, y entre trémolos, picados, fermatas y agudos prodigiosos, entonaba un aria sobre el árbol y sus beneficios y la necesidad de propagarlo como remedio único y eficaz contra semejantes desastres.

Tan arrebatada canción despertaba el entusiasmo de los tenores de segunda categoría, y poco a poco iban levantándose de sus escaños diputados y diputados, que lanzaban al aire romanzas, cavatinas y raccontos prodigiosos en alabanza del rey de los vegetales. Clamorosas ovaciones seguían a cada pieza oratoria, y entonces el Congreso en pleno, y sin discrepancias de partidos políticos, tras *descubrir* que la repoblación forestal era uno de los problemas que en el país necesitaba solución más urgente, acordaba redactar un proyecto de Ley conducente a su realización.

Pues bien; ¿saben los lectores cómo se traducía todo ese lírico arrebatado en el Presupuesto?... En la absurda cifra de 1.116.000 pesetas anuales. Algo verdaderamente jocoso, pues calculando que, de los 18 millones de hectáreas desnudas, únicamente 10 sean susceptibles de regeneración arbórea, y en el supuesto de que los gastos sean mínimos y se eleven tan sólo a 200 pesetas por dicha unidad superficial, para repoblar esos 10 millones se precisarían más de MIL SEISCIENTOS AÑOS... A nuestro juicio, no existe nada más disparatadamente inverosímil ni que ponga más de relieve el cretinismo de unos gobernantes.

Si algún ministro consciente y documentado intentaba seriamente la regeneración selvática, sus planes eran acogidos con sangrientas y acerasdas burlas.

¿Cuándo serán bosques los eriales?... ¿A quién aprovechará eso? Así contestaban los enemigos de la empresa restauradora... Y estas palabras contenían el secreto de la política imperante. Los que de tal modo hablaban creían que España iba a desaparecer, y que los nietos de sus nietos no nacerían nunca, y si nacían, no eran dignos de la previsión de sus antepasados. Como el personaje de la sátira latina, pensaban que “el porvenir era poco más largo que la manta que les cubría”, y conste que lo dicho no son apasionadas frases nuestras, sino sólidos razonamientos de Ortega Munilla, el que fué gran maestro de periodistas, el cual agregaba:

“Cuando los españoles venideros recuenten el haber que les dejó la actual generación, tendrán derecho a considerarse incluseros... Vivir unas horas lo mejor posible, y pagar las alegrías de un instante con el hambre de los futuros. Este es el régimen en que perseveramos.”

Dábase el caso, que algún lector creará festivo comentario, y que, sin embargo, *era* y *es* sangrienta realidad, que la madera en Cuenca, por sus límites con Guadalajara, no llegaba al mercado madrileño sino al año y medio de su corta, por falta de vías de saca forestales, cuando un ferrocarril para transportarla en noventa y seis horas podía costar tan sólo cuatro millones de pesetas, y la producción total maderera de la provincia conquense ascendía a más de 15 millones de pesetas anuales.

Inútilmente el Cuerpo Nacional de Ingenieros de Montes emprendía campañas y realizaba trabajos en pro de la restauración arbórea, exponiendo pensamientos tan acertados como estos: “La conquista de media España es el programa que nuestra Asociación se atrevió a formular y plantear ante el país y su Gobierno. La obra de la repoblación aportará brazos, industria, riqueza y mejoramiento del clima y de la vida a regiones hoy inhóspitas por la rudeza del medio y la falta de elementos para la vida. Nuestra Patria es un solar abandonado en su mitad y hay que reedificarlo y ponerlo en condiciones de vida.”

Las voces del Cuerpo se perdían, no en el desierto, sino en algo peor: la indiferencia, la incomprensión, la abulia y el desdén nacional.

Y llegó la República, y con ella la *edad de oro* de la alegre dendrofilia nacional. Una turba heterogénea, compuesta de merodeadores, maleantes, ladronzuelos y toda clase de individuos de la peor calaña, en complicidad con arribistas de la más encopetada alcurnia comunistoide y autoridades analfabetas, bordeadoras del Código penal, arremetió contra los montes al grito, no ya de ¡*Esto va que chuta!*, sino de ¡*Esto va que chutísima!*, en el supuesto de que *chutísima* sea el superlativo de *chuta*.

Aquello era una verdadera República. Estos, con el pretexto de que carecían de trabajo y no podían dar a sus pequeñuelos un pedazo de pan; los otros, con la afirmación de que la tierra era del pueblo; los de aquí, sosteniendo el principio de que, perteneciendo al Municipio, los montes públicos debían ser aprovechados por los vecinos; los de allá, opinando que los árboles no se criaban para el odioso burgués ni el infame capitalista, y todos pensando que lo que hay en España es de los españoles... y más si éstos eran republicanos, cerraron denodadamente contra las masas arbóreas en forma tal, que a su paso, como al de Atila, no quedaba ni la hierba.

Eso sí, todos los partidos, desde la F. A. I. a la C. N. T., y de los ra-

dicales socialistas a los devotos de Stalin, tenían en su programa, como uno de los puntos fundamentales a realizar, el de la repoblación forestal; y, claro, lo que ellos pensaban: “Repoblar es volver a poblar, y, por consecuencia, para cumplir con nuestras ideas y cubrir de nuevo los montes, lo primero que se necesita es despoblarlos”, y ahí tienen los lectores una modalidad completamente inédita en materia de selvicultura, en la cual se prueba que la tala es el punto básico y fundamental de toda repoblación.

Para dar una idea del arrasamiento causado por esa *langosta*, citaremos un hecho, entre los centenares que podíamos enumerar. Se trata de un monte público de Algeciras, y antes de hacer un solo comentario, transcribiremos a nuestros lectores lo que sobre el caso escribió un periódico anarquista de la región: “En la comarca del Campo de Gibraltar los trabajadores del campo, que en su inmensa mayoría se encuentran en paro forzoso por la desorganización de la sociedad capitalista, se dedican, unidos, a hacer carbón, para así poder ir tirando en su vivir miserable: Al efecto, se internan en unos montes del Estado y los limpian en sus partes greñosas, por faldas, arroyos y cañadas. Limpian el monte nuevo, cortan el viejo y rozan el bajo, aportándoles este trabajo de limpieza (gratuita para el Estado) la escasa leña que necesitan para hacer pequeños hornos que, al cabo de los veinte o veinticinco días de cochura, pueden vender a los también sufridos arrieros que van al monte para trasladarlos, hechos carbón, a la ciudad. En este trabajo, sucio y pesado, está el pan, tan negro como el trabajo, de estos obreros laboriosos, el pan de ellos, de sus mujeres y de sus hijos.”

Bueno; pues por esta acción tan meritoria detuvieron 46 carboneros, y, claro, el periódico protestaba indignado contra tal arbitrariedad, constitutiva de un brutal atropello, y justo es reconocer que el papelucho tenía razón. ¿Detener a unos honrados campesinos que *limpian gratuitamente* al Estado sus predios?... ¿No era lógico condecorarles con la Cruz del Mérito Forestal?... Máxime teniendo en cuenta que la limpieza la ejecutaron tan a la perfección... que allá no quedó ni un solo árbol.

Porque, oigan ahora la verdad: El predio en cuestión era el denominado “Las Corzas”, que en el año 1931 tenía 24.923 alcornoques y 9.120 árboles de otras especies, en las que predominaban el quejigo y el acebuche. Pues bien, en el año 1935, en dicho monte no existían más que 15 árboles, es decir, que los pobrecitos carboneros no cortaron más que la friolera de 34.028 árboles... Una limpieza total, perfecta, completa y... ¡¡¡definitiva!!!

La furia arboricida llegó hasta tal punto que el *Morning Post*, en un

editorial correspondiente a septiembre de 1933, decía, tras calificar de agrio, vengativo e incompetente al presidente de la República, que mientras la riqueza forestal de España se desvanecía en humo, los guardias de asalto sólo intervenían para proteger a los agitadores.

Como para muestra basta un botón, y lo relatado vale por una botonadura completa, finalizamos con estas palabras que figuran en el folleto editado por la Diputación de Pontevedra, al decidir repoblar los montes provinciales: "Son varias las causas que han motivado este estado de improductibilidad de tantos miles de hectáreas. Quizá la más fundamental, la ausencia de una acción efectiva de autoridad. Pero no es tan interesante exponerlas como buscar el remedio a tamaño mal. Porque del problema del arbolado puede asegurarse que está todo por hacer."

Cesen ya para siempre las frases pulidas, los períodos oratorios encendidos, las palabras elocuentes, los artículos eruditos... Cesen ya de trabajar la pluma, la lengua y el cerebro, y comiencen a actuar las palas y los picos; en una palabra, PLANTEMOS Y SEMBREMOS ARBOLES Y ARBOLES SIN AÑADIR UNA LETRA MAS, y así habremos puesto los cimientos de una obra nacional urgentísima y de máximos rendimientos.